

confiesa con gracia — los rudimentos de su enorme oratoria. Prieto es, sin duda, uno de los políticos de trayectoria más popular de la izquierda española, y su libro es un documento de época. Físicamente es Prieto un producto de la comida vizcaína, y su vida es la suma de algunos capítulos sueltos de una novela de Baroja, de «El cabo de las tormentas», por ejemplo.

Es notable la ecuanimidad con que juzga a sus amigos y enemigos políticos. La lectura de la colección de artículos que suman este libro no desmiente la sonrisa ancha y amable con que le recuerdan—«Inda» «El cabezón»—sus amigos de Bilbao.

Rico es el anecdotario de este volumen por el que desfilan en grupos heterogéneos: Gabriel Alomar, Julián Basteiro, Jose-lito, Stefan Zweig. Unamuno, Abd-El-Krim, Calvo Sotelo, el pintor Arteta, Tomás Meabe, Ossorio y Gallardo, Alfonso XIII, Juan Belmonte,

Entre los mejores capítulos debemos citar «Tute de Reyes» y los que dedica a los toreros, a los cultivadores del género chico, a don Ramón Echavaurrioste y a los extraños personajes de la taberna de Perezagua.

«Palabras al viento» no es una obra de justificación o impugnación política. Vale como libro aparte de sus tendencias, y tanto sus lectores del «Correo de Asturias» como cualquiera que lo tome entre manos puede tener la seguridad de llegar a su fin en discutible pero agradable compañía.—JUAN URIBE ECHEVARRÍA.



CONQUISTA DEL RÍO DE LA PLATA. Historia Novelada, de
Blanco Villalta

En la historia de América, la historia de la conquista del Río de la Plata ha sido uno de los aspectos menos profundizados. Las Antillas, México y Perú, en primer término, y luego Colombia, Chile y el Amazonas, atraían la atención con prefe-

rencia por sus escenarios grandiosos, sus luchas y sus misterios. El Río de la Plata sólo era conocido por la letra de algunos cronistas. Los textos de historia indicaban algunas fechas, por lo común equivocadas. Un investigador argentino echó las bases de la historia crítica: Eduardo Madero. Un chileno—José Toribio Medina—exhumó las vidas de Solís y Caboto. Un francés—Paul Groussac—animó a Garay y a Mendoza. Nosotros ampliamos el panorama al Paraguay y rehicimos muchos capítulos. Era siempre la historia erudita, fría, sin alma; límites, fechas, documentos, Historia sin emoción. Hasta que llegó Enrique Larreta como un mago de la evocación. La historia de nuestro río se llenó de colores y de emoción. Fué un renacer de sentimientos. Las sombras se hicieron carne. Por primera vez comprendimos la belleza de nuestro pasado heroico. Otros historiadores, atraídos por este descubrimiento estético, se hundieron en los libros y archivos para encontrar briznas de poesía. Así nacieron ensayos aislados, algunos estimables, y así surgió esta nueva visión de la conquista del Río de la Plata de Blanco Villalta.

Este libro es la primera historia novelada de nuestros orígenes. Debemos distinguir que no es la primera novela histórica. Antonio R. Zúñiga y Enrique Richard Lavalle, en este último cuarto de siglo, escribieron novelas históricas sobre la época de don Pedro de Mendoza y Juan de Garay. Roberto J. Payró dedicó dos hermosos tomos, en forma de novela histórica, a Solís y a Domingo de Irala. Hugo Wast escribió sobre Lucía Miranda. Otros novelistas tocaron episodios de la misma época, Eran fantasías sobre las páginas de los cronistas, A menudo, repetición de errores. Faltaba la base de la historia crítica. Había que inventar personajes y hechos. Verdadera novela histórica; es decir: novela que se mueve entre seres que fueron históricos. Muchas figuras aparecían deformadas, El lector no sabía qué era verdad y qué era mentira. El nombre de novela histórica justificaba todo.

Stefan Zweig halló en Magallanes el argumento precioso para una de sus más grandes historias noveladas. Fué un ejemplo hasta ahora no imitado. Blanco Vellalta ha compuesto una historia novelada y, a la vez, una historia poemática. Género nuevo entre nosotros y en América. En México tres autores—José María Lafragua, Crescencio Carrillo y Ancona y Juan Luis Tercero—ensayaron con éxito la novela poemática; amor y romanticismo con un fondo histórico. *La Conquista del Río de la Plata*, de Blanco Villalta, es la primera historia poemática de estas regiones. Puede ser juzgada por su fondo y por su forma; por su erudición y por su modo de evocar la historia.

El argumento es la conquista del Río de la Plata y del Tucumán. Los orígenes históricos de la Argentina. El autor parte de España, fuente de nuestra historia. Evoca las raíces espirituales de nuestros orígenes peninsulares. Síntesis del viejo ambiente espiritual, desde la prehistoria a los tiempos medievales, hasta el instante de Colón. Resumen condensado. Miles de años en una visión relámpago que hace sentir el milagro del tiempo. El gran hallazgo, la conquista, las proas españolas que surcan el mar y parecen penetrar en las tierras vírgenes, recién aparecidas, La visión del Océano Pacífico y el drama de Balboa. Es preciso comprender estos antecedentes para situarnos en el momento histórico de nuestros comienzos. Y así llega Sebastián Caboto, con el miraje del Rey Blanco, con la ilusión siempre lejana e inalcanzable. Estamos en el Río de la Plata, en el cuadro de tragedia y ensueño que describió el paraguayo Manuel Domínguez, con tanto acierto, y que explica también el alud posterior de la conquista. Don Pedro de Mendoza, el proceso a Juan Osorio, fundación de Buenos Aires, expedición de Ayolas, combate de Corpus Christi, muerte de don Pedro de Mendoza, en alta mar: tumba de sus ilusiones.

Estamos en la mitad del libro, en el momento en que termina la vida del fundador y empieza la odisea en las selvas de los conquistadores. Esta primera parte es la que en síntesis

maravillosas refirió Enrique Larreta en *Las dos fundaciones de Buenos Aires*. Aquí vive el espíritu de cruel desencanto y de hechizo infinito, a la vez, que señaló Larreta. En esta tierra el drama mayor fué el de la muerte de tantas ilusiones. Desierto, misterio a lo lejos, oro y piedras preciosas al otro lado del horizonte, lejanías imposibles: tragedia y locura. Larreta, repetimos, fué el primero en apresar este espíritu heroico. Blanco Villalta ha sentido hondamente esta demostración espiritual y ha hecho de esta historia una resurrección lírica, rica de imágenes en sumo grado, palpitante de emociones y ensueños. No sabemos si realmente aquellos hombres sintieron lo que dicen estas páginas, si sus ojos vieron lo que los ojos de este historiador poeta evocan y ven a los cuatro siglos y medio de sus muertes; pero la historia es a veces fantasía y, siempre, es pensamiento. La historia sin ideas es crónica. Blanco Villalta hace de esta historia una resurrección poética y hondamente emocional. Crea una verdad que es, cuando menos, la verdad de un artista: la verdad de la emoción que de veras siente el lector. Esta emoción que palpita en nuestro pecho, que llena nuestra mente de imágenes y visiones extrañas, es la emoción, trasfigurada, que pudieron sentir aquellos hombres cuando por primera vez abrían las rutas de nuestra patria. Nosotros no podemos sentir aquella exacta, idéntica emoción porque el tiempo ha pasado, porque nuestra alma no es la de aquellos hombres, porque esta tierra se ha cubierto de ciudades y no ofrece en su inmensidad vacía, como entonces, enigmas insondables y nubes como castillos. Hacemos mucho con crear el paralelo de una emoción, sentir todo lo que este libro despierta en nuestro cerebro. Nos muestra los conquistadores, la tierra, el dolor, la lucha y la esperanza.

Es, también, lo que se continúa en la segunda parte. Fundación de la Asunción del Paraguay, Alvar Núñez, expediciones, el gran Irala, Juan de Garay, segunda fundación de Buenos Aires, sublevación de los mestizos de Santa Fe... Aquí

termina en teoría, la conquista, y termina también el libro. El interés y la emoción del lector no han decaído un instante. Es un drama que los arrastra de la mano en medio de un deslumbramiento de imágenes y descripciones. Tócanos, ahora, hablar de la historia y del estilo. No es una de las llamadas historias filosóficas, es decir, unas generalizaciones triviales con comentarios inútiles. No es tampoco la historia identificada con la filosofía que quiere Croce. Es una historia de color y de imaginación creadora; una historia de poeta. El fondo erudito no admite rectificaciones. El autor hace seguir a su libro un índice cronológico y un índice biográfico que demuestra un conocimiento amplio del tema desenvuelto, y cada capítulo exhibe sus fuentes bibliográficas esenciales. Nuestra práctica en estas materias, a las cuales hemos dedicado gran parte de nuestra vida, nos permite afirmar el valor histórico de este libro y hacer su elogio sin reticencias. Blanco Villalta, enamorado de la historia de la conquista, continúa con brillo y originalidad la escuela de investigadores coloniales que ha llevado esta disciplina a un alto grado de perfección. Su libro no descubre hechos desconocidos porque hoy en día estos descubrimientos ya no son posibles como en otros tiempos; pero expone en una síntesis admirable un cúmulo de estudios especializados. Es el expositor que faltaba después de tantas búsquedas y tantos análisis. Su obra sale del marco de la historia fría, como dijimos, para entrar en la función del artista, del literato superior, que sucede a los investigadores como el decorador a los albañiles y acarreadores de materiales. Por ello su libro deja una emoción nueva que los libros de documentos rara vez han creado y hace entrar en el campo de la prosa poética un argumento hasta ahora desconocido.—ENRIQUE DE GANDIA,